
Actualidad de la teoría de la enajenación

Sol Arguedas

En un reciente artículo de Immanuel Wallerstein titulado "El marxismo después del fin de los comunismos" (*Dialéctica*, Nº 23 y 24, 1993), que comienza diciendo: "Marx ha muerto muchas veces, pero ha experimentado otros tantos renacimientos", encuentra cuatro ideas-ejes en el pensamiento de Marx, que le parecen "todavía útiles, y hasta indispensables, para el análisis de nuestro mundo moderno".

Ellos son: 1. *Lucha de clases*; 2. *Polarización* (económica, social); 3. *Ideología* ("aunque evidentemente no es Marx quien inventó la tesis de la determinación social de las ideas (...) es importante la contribución que Marx ha aportado al análisis de las ideologías"); 4. *Alienación*. "Este concepto es menos conocido, ya que fue raramente utilizado por Marx mismo, (...) Se tiende a abandonarlo (...) En mi opinión es un concepto esencial en el pensamiento marxiano" (Wallerstein, *op. cit.*, pp. 41-47).

Tiene razón Wallerstein; el concepto de "alienación" (o "enajenación") no es sólo poco conocido; frecuentemente se le interpreta erróneamente o, de plano, se le tergiversa. En realidad Marx no lo desarrolló nunca: quedó como una de las más geniales in-

tuiciones del “Joven Marx” recogida en una de sus más tempranas obras y publicada tardíamente a mediados de este siglo bajo el nombre de *Manuscritos económicos y filosóficos de 1844*. Me corrijo: Marx no desarrolló el concepto “enajenación” con lenguaje filosófico; pero la enajenación del trabajo está implícita, con lenguaje económico, en su obra máxima: *El Capital*.

En cambio, posteriormente han desenvuelto dicho concepto numerosos marxólogos, aunque no siempre con éxito. Quien ha comprendido bien y explicado mejor el concepto de la enajenación ha sido, entre nosotros, el maestro Adolfo Sánchez Vázquez (*El joven Marx*, 1982).

Creo que el concepto de la enajenación es no sólo esencial en el pensamiento marxiano, como afirma Wallerstein, sino que ha cobrado una gran actualización hoy, cuando está apareciendo un nuevo tipo de trabajador que, a consecuencia de la revolución científica tecnológica de nuestros días (informática, robotización, nuevos materiales y otros rubros), utiliza menos su fuerza muscular-nerviosa y más su inteligencia, sus conocimientos (*el Know-how*). Esto lo vincula más, *subjetivamente*, con su trabajo, lo que facilitará una mayor conciencia de la “expropiación” que sufre al no recibir íntegramente —en forma directa o indirecta— los beneficios (materiales y espirituales) derivados del producto *creado* por el mismo trabajador; se lesiona así su condición creadora como ser humano o, dicho de otra manera, se le roba parte de su “humanidad”, ya que si, en el mejor de los casos, logra hasta cierto punto expresarse en su trabajo, no logrará *comunicarse* en forma plenamente humana con el producto de su trabajo (porque le es “ajeno”). Y ambas capacidades, la expresión y la comunicación crecientemente humanas son las que arrancaron y siguen arrancando el hombre de su condición animal primigenia.

No quisiera hacer afirmaciones tajantes en materia en la que no soy especialista; pero hasta donde alcanza mi percepción en este campo, considero que en el concepto de “enajenación” se basan, más que en cualquier otro, la filosofía y la moral marxistas.

El tema ha ejercido especial atracción en los medios intelectuales de la hasta aquí llamada izquierda y ha cobrado, periódicamente, nuevos bríos. Tal ocurrió durante el movimiento estudiantil de 1968, cuando numerosos jóvenes estudiantes mostraron gran interés por

penetrar el significado de la “enajenación”, con el ánimo de comprender hasta el fondo la explotación integral, no sólo la económica, de la fuerza de trabajo por el capital. En aquella época, y como parte de mi involucramiento en los acontecimientos del año 68, elaboré y publiqué una síntesis de las ideas de Marx sobre la alienación o enajenación.* Por considerarla “útil, y hasta indispensable” en estos momentos de gran confusión ideológica, ofrezco a continuación la referida síntesis, confiando en que el carácter teórico-abstracto de este estudio no le ha permitido envejecer:

a) La esencia del hombre es el trabajo; el hombre es hombre porque construye (*homo faber*), porque manipula la naturaleza y crea la cultura que, a su vez, lo conforma a él. Es hombre porque “hace cosas” de un modo racional y metódico, lo cual es común a todos los hombres y los distingue fundamentalmente de las otras especies animales. Por lo tanto, su esencia es el trabajo;

b) Pero el trabajo puede dejar de ser (o no llegar a ser) expresión del ser humano trabajador (creador) para convertirse en obligación del ser humano biológico: el trabajo, por una parte, es la fuerza específicamente humana que forma al hombre, y, por otra, el trabajo enajenado es la fuerza que deforma al hombre, que lo oprime;

c) La historia es una creación del trabajo; la primera forma del trabajo enajenado se basó en el subdesarrollo de las fuerzas esenciales humanas. (Las condiciones esenciales humanas son aquellas condiciones de existencia propias de unas necesidades humanas altamente desarrolladas);

ch) La esencia del trabajo enajenado consiste en que el objeto creado por el trabajo se contrapone al trabajador como una fuerza ajena. Al separársele (parcial o completamente) del producto de su trabajo, y del goce físico y espiritual del mismo, el hombre (el obrero) pierde la integridad de su esencia y queda escindido, disgregado, desmenuzado. Y no sólo está imposibilitado para rescatarse a sí mismo, sino que las posibilidades de hacerlo son cada vez menores a medida que se perfeccionan la división del trabajo y la acumulación de capitales (causas últimas de la autoenajenación y la enajenación, respectivamente, del obrero); a medida, también, que

* “En torno a la ideología del movimiento estudiantil”, en *Tres Culturas en Agonía*, México, Nuestro Tiempo, 1968.

disminuye su capacidad de apropiarse (“comprar”) el producto (el objeto, la esencia humana objetivizada del obrero), ahondando más su separación (exclusión) de los bienes de la cultura material y espiritual de la sociedad (cuyo goce completo constituiría la forma más generalizada de “apropiarse” el producto de su trabajo individual), y a medida que se le degrada biológicamente al enrarecerse o endurecerse sus medios de subsistencia;

d) Al separársele del producto de su trabajo (objeto) y al pasar éste a ser propiedad de otros, el obrero queda enfrentado al producto (le es ajeno), y “al depender cada vez más escuetamente de su trabajo”, éste su vuele más necesariamente obligatorio y su producto (ajeno) más hostil al trabajador. El producto del trabajo se le enfrenta al trabajador de una doble manera: por ajeno y por hostil;

e) El hombre (el trabajador) queda enfrentado a una parte de sí mismo (a una parte de su esencia: el producto de su actividad creadora), porque se le arrebatada o impide manifestarla: queda, pues, sin expresión. Se le arrebatada porque el producto pasa a ser propiedad de otros y él está imposibilitado de adquirirlo, de “comprarlo”, y se le impide manifestarla plenamente (a esa parte de su esencia) porque, bajo un régimen de mecanización o automatización del trabajo, a la excesiva especialización o unilateralidad de la actividad del obrero corresponde una fragmentación idéntica del objeto, del producto del trabajo, impidiéndole al obrero hasta la relativa satisfacción artesanal de la manufactura completa del producto. Por otra parte, también se le impide al obrero “manifestarse” porque “en un régimen de gran división del trabajo es donde más difícil resulta al obrero dar a su trabajo otra dirección” que la fijada por sus circunstancias: carece, pues, de elección;

f) Si la acumulación de capitales y la división del trabajo privan al trabajador de su capacidad de expresión por pérdida de una parte de sí mismo (el producto de su actividad creadora), parte que es, precisamente, la que expresaría (objetivaría) su esencia humana, la pérdida de su capacidad de expresión involucra la pérdida de su capacidad de comunicación. Al separársele del producto de su trabajo (de su actividad creadora, de la expresión de su esencia humana) se le priva del instrumento de comunicación con los otros hombres. Y se le aísla en una fragmentada individualidad, impidiéndole el acceso a un ser colectivo de individuos completos,

integrales, cuyas relaciones naturales y normales se ven sustituidas por unas relaciones violentas y antihumanas de feroz competencia en lucha por condiciones puramente existenciales. Así, pues, al enfrentar el hombre (el trabajador) consigo mismo (con el producto de su trabajo) se le enfrenta también con los otros hombres (con los otros trabajadores). El trabajador se ve enfrentado hostilmente consigo mismo en su doble condición: como ser individual y como ser colectivo;

g) La mistificación del contenido social de la enajenación era muy clara ya desde la filosofía clásica alemana; Fichte habla del surgimiento del “no-yo”, opuesto al “yo” y ajeno a él, aunque creación suya, para expresar el paso del espíritu a lo material. Para Hegel, el trabajo y la práctica no se diferencian cualitativamente; tampoco distingue la enajenación de los resultados de la actividad que no tiene origen laboral, de la enajenación de los productos del trabajo. Considera el trabajo como una de las formas de actividad espiritual abstracta, y no distingue entre la materialización (objetivación) del trabajo (cosa que siempre ocurre) y la forma capitalista mercantil de la enajenación del trabajo: no llega a vislumbrar la esencia del trabajo enajenado. Para Hegel, la enajenación es la materialización del espíritu en las cosas; lo que ocurre entonces es una autoenajenación (por lo cual el espíritu sufre una pérdida en su integridad y se desplaza fuera de sí mismo el hecho de que la autoenajenación fuese voluntaria u obligada no cambiaría el esquema hegeliano); por lo tanto, para Hegel, la enajenación se liquida cuando el espíritu recobra su integridad, cuando vuelve a sí mismo, es decir, cuando la proyección material se convierte de nuevo en espiritual. Y para esto, según Hegel, el acto de recuperación tiene que ser espiritual: basta con la comprensión racional del “misterio de su surgimiento” del proceso enajenador, para que la enajenación desaparezca. (Esa “cierta resistencia de los objetos a ser conocidos” de que habla Hegel, supone un paulatino enriquecimiento y complejidad del espíritu que vuelve a proyectarse materialmente al superar la contradicción, pero ya desde posiciones distintas o dimensiones mayores, repitiéndose el proceso ininterrumpidamente. Con lo cual Hegel establece el carácter dialéctico del conocimiento, pero en planos idealistas; idealistas o ideales, porque la contradicción —cuya liquidación es la que da el movimiento— se establece entre espíritu y materia, diferentes en-

tre sí, y sin ninguna otra relación de dependencia más que la de contrarios que se conjugan);

h) Debe negarse (y en esto se coincide con Feuerbach) toda identificación de la objetivación con la enajenación (como lo hace Hegel). La objetivación es condición necesaria pero no suficiente para la enajenación. Las otras condiciones necesarias son o serían: 1) la apropiación por otros del objeto; 2) que el objeto se convierta en instrumento para dominar, esclavizar y explotar al propio sujeto que lo produce;

i) Cuanto más se diversifica el trabajo, tanto más se separa el obrero del producto de su trabajo, y cuanto más crece la producción tanto mayor es el número de cosas que se le arrebatan (porque no puede adquirirlas, porque no puede comprarlas). Es decir, se enajena más y se explota más. Total: el obrero lo vende todo (porque se vende a sí mismo) y no puede comprar nada (porque no puede rescatarse a sí mismo);

j) Cuanto más se enajena el trabajador (al crecer y diversificarse la producción) tanto más aumentan las posibilidades de desenajenarse (porque aumentan los instrumentos para hacerlo); pero para esto debe romperse la fuente de la enajenación primigenia: el trabajo enajenado y la propiedad privada sobre los medios de producción. (Más que “liberarse” a medida que se enajena más el trabajador, lo que ocurre es que se fortalece el instrumental de su futura liberación: el conocimiento científico de la naturaleza, de la sociedad y del pensamiento);

k) El origen de la propiedad privada no está en el trabajo en general, sino en el trabajo enajenado;

l) El dinero es el portador, y la propiedad privada es la realización de la enajenación;

m) No se logrará la desenajenación del trabajador sino hasta que el productor se “apropie” el producto de su trabajo;

n) La enajenación de las clases trabajadoras constituye el núcleo mismo, la estructura misma de nuestra organización social; por tanto, la sociedad entera, todos nosotros, estamos enajenados. De donde se desprende que la desenajenación de las clases trabajadoras involucra la desenajenación de la sociedad en su conjunto.

ñ) El proceso de la enajenación investigado por Marx señala cuatro etapas, fundamentalmente, en la manifestación del trabajo

enajenado, conjugando tanto el aspecto filosófico como el económico: 1) en las condiciones de la sociedad capitalista, la autoenajenación del obrero en el propio acto laboral (el obrero no puede disponer de sí mismo); 2) la enajenación del producto definitivo del trabajo respecto del obrero (que ya no puede disponer de los resultados de su actividad); 3) la enajenación del obrero respecto de su “esencia humana” (la vida productiva se convierte en un simple medio de subsistir); 4) la enajenación del hombre por el hombre (lo que polariza la estructuración de las clases).

Resumiendo: 1) el hombre autoenajenado; 2) el trabajo enajenado; 3) la vida enajenada; 4) el hombre enajenado.

o) Algunos “defensores” del marxismo —verdaderos impugnadores del mismo— han creído encontrar en los *Manuscritos económico-filosóficos*, redactados por el Marx joven de 1844, armas para combatir el marxismo apoyándose en ideas del propio Marx. Han inventado el mito de la existencia de dos Marx distintos, contraponiendo el joven Marx a toda la obra posterior del propio Marx y del marxismo en general. Según ellos, el verdadero marxismo —el expuesto por Marx en sus primeros trabajos, hasta los *Manuscritos*— es un marxismo ético y no una doctrina económica; tampoco representa la ideología del proletariado, y, desde el punto de vista filosófico no es materialista ni idealista. Estos “defensores del auténtico marxismo” sólo pueden compararse con los otros mistificadores del marxismo: los dogmáticos que consideran el marxismo como una biblia infalible, fija e inmutable, negando así su esencia y contenido.

El tema de la enajenación social es infinitamente más fértil que el simple planteamiento de sus orígenes. Se enriquece en la medida en que la sociedad deviene más compleja.

Hoy día el análisis de la enajenación social requiere un enfoque muy amplio, que incluya los extraordinarios cambios que han producido la tecnología y la ciencia contemporáneas, así como la enorme complejidad social y el desenvolvimiento cultural de las sociedades modernas. Requeriría, también, desglosar las enajenaciones particulares, como la artística, la enajenación de la mujer, etcétera, para lograr su estudio más profundo. Además, hoy día el concepto mismo de enajenación es materia de discusión entre teóricos marxistas. Todo lo cual vuelve casi inagotable el tema de la enajenación.